

J. M. BRICEÑO GUERRERO

TRIANDÁFILA

En homenaje a Uámlad Léafar, sacerdote del Fuego

Prólogo

Lo que me hace recordar a Adam Lilit, el guerrero agonizante, no es su extravagancia; en este A.P.E.M. estamos curados de espanto.

Aunque, a decir verdad, era rigurosamente extraño. En su propio cuerpo había algo de heterogéneo e incoherente. Muchos rostros combatían en su rostro, parecía el producto de un mestizaje fracasado en que los ancestros conservaran individualidad y se disputaran el campo facial sin que ninguno lograra dominar más de uno o dos rasgos.

Una enfermera, a quien le correspondería figurar entre los pacientes, vio en sus sienes a ancianos coléricos que reñían con doncellas, en la comisura izquierda de sus labios a un beduino oprimido por un rey satirístico, a sabios antiquísimos que desde la nariz hostigaban a adolescentes en furia dueños de los labios, la garganta y los dientes, en el mentón a cabecillas revolucionarios y fumadores de opio partiendo casi el maxilar inferior con sus peleas. .

Es cierto, sí, que al mirarlo desde diferentes ángulos nos sentíamos protegidos o amenazados, amablemente aceptados o despreciados, y que ligerísimos cambios del gesto lo hacían parecer soberbio y arrogante, o íntimo y cordial, o extranjero y distante; pero las alucinaciones de la enfermera menoscaban el prestigio científico de nuestro personal; tal vez su exaltada imaginación traducía en esa forma patológica la sensación mezclada de inseguridad, respeto y lástima que a todos nos producía.

Sus ojos eran diferentes del rostro: un resplandor único los iluminaba y centelleaban como si a cada instante resolviera un problema, encontrara la clave de algún arcano o comprendiera una nueva relación entre cosas dispares.

El que habitaba los ojos habitaba también las manos. Delgadas y vibrantes sostenían una insólita alhaja de obsidiana, especie de esferoide semejante a una calavera o a un panal de avispas, horadado en todas direcciones por agujeros donde cabían sus dedos y esculpido de laberínticos alto y bajo relieves en forma de escaleras absurdas. Sabios y virtuosos los dedos se movían como si él manipulara un extraño aparato de telecomunicación o pulsara un instrumento musical. Había, sin duda, algún acuerdo entre el brillo de los ojos y esos movimientos de las manos.

Pero yo no soy dado a atesorar recuerdos y la rutina de mi trabajo en este A.P.E.M. hace que todos, por más raros que sean, se limen los unos a los otros y terminen por confundirse o borrarse. Lo que me hace recordar todas esas extravagancias de Lilit es una perturbación psíquica que su presencia me produjo: Estaba yo una vez distraído tratando de encontrar alguna relación rítmica entre el centelleo de sus ojos y el ajetreo de sus manos, cuando un reflejo de la alhaja me deslumbró levemente y creí ver, detrás de su mirada, vastas extensiones desérticas; la mirada se convirtió en minúsculo compendio de espejismos entre los cuales estábamos nosotros, nuestras familias, las ciudades, las sólidas montañas y el universo todo. Fue entonces cuando me invadió la desquiciada idea —me da vergüenza confesarlo— de que llamamos realidad a un perseverante ensueño colectivo y cotidiano, de que tenemos comercio con fantasmas, fantasmas nosotros mismos, de que en verdad no somos sino sombras y nos sostiene la mirada centelleante de uno que sí es y agita diestramente algún caqueidoscopio esferoidal.

Varios días me duró este desquiciamiento, pero mis compañeros de trabajo no lo supieron porque conservé la suficiente lucidez para hacerme el griposo mientras combatía unos absurdos deseos de despertar. Al fin me pasó, como una gripe; yo tengo mis defensas.

Bueno, ahora no sé bien si lo que me salvó de ese desvarío fue un saludable escepticismo científicista o cierta imbecilidad intuitiva. De todas maneras, estoy tranquilo, y ¿qué puede ser más valioso que la tranquilidad?

Después de tan desgraciada experiencia no volví a mirar a Lilit; no por nada sino que... además observé que mis compañeros tampoco lo miraban mucho.

Adam Lilit, el guerrero agonizante que se declaró herido por un relámpago, no es para mí ahora sino un recuerdo inofensivo.

De una tal Triandáfila no sé nada.

J. B.

Álef

No me gusta escribir. El que escribe mediatiza la experiencia, se pone fuera de la vida, se queda quieto y juzga. Soy hombre de guerra, prefiero comprometerme totalmente en la acción, sin retaguardia y sin cautela. Me enorgullezco de haber participado en combates que ningún poeta cantará jamás.

Escribo sin embargo; pero no como los escritores de vocación y de oficio; ellos buscan la belleza, la verdad, la justicia, la libertad o la gloria; yo en cambio desprecio esos espejismos ovoidales y busco la victoria, una victoria singular. Uso la escritura como recurso estratégico adaptado a la naturaleza de mi empresa: pretendo vencer la elusividad de un enemigo incorpóreo, atrapar en un laberinto de grafemas al fluido y multifario oponente que ha logrado detenerme, a mí, el más fiero capitán de Triandáfila. Uso las palabras como trampas, lo haré sucumbir con el poder de los signos, lo atraeré con astucia hacia el interior de los fonemas y lo enredaré en el hilo que voy devanando sobre estas hojas de papel. Frágil y flexible es este hilo, pero, una vez colocado sobre el papel, duro se vuelve, fijado persevera en la forma que le doy y nada ni nadie podrá desligar lo que yo así captive.

El debe estar muy cerca, acechándome. Con esta declaración lo desafío. Que se ponga en guardia.

Bet

Me disgusta la sobriedad. Estoy acostumbrado a la exaltación de los combates. Amo la embriaguez de los campos de batalla, el sentirme aureolado por las once mil fuerzas que puedo conjurar y dirigir contra los enemigos de Triandáfila. Entonces ni el lago de fuego me arredra que está en el centro de la tierra, ni el furor de Tiamat, ni la muerte segunda. Euforia y vértigo son los peligros entonces y me hacen implacable.

Lejos ahora del enardecimiento agonal, oh triste sobriedad, en la vacía transparencia del equilibrio me duele la reflexión.

Abandonado por el ímpetu, caído en la lucidez, lanzado a la vigilia me pregunto: ¿Qué es lo que no puedo o no quiero recordar? ¿Cuál fue el golpe que desarticuló mis esquemas de ataque? ¿Por qué me niego a ver de nuevo lo que vi?

Pronunciar la palabra que aniquila para siempre. Prefiero dejar de ser antes que ser a medias. Ascender al alba vagamente recordada de donde fuiste empujado a mundos cada vez más intrincados y sombríos. Anhele la plenitud unitaria y sencilla de la luz. Que te cuenten historias, sepultarte en mitos, mandos, conspiraciones, podrirte en refinamientos estéticos. Cualquier cosa menos esta llama de reflejos llagosos.

Aquí en el centro, aquí en el reino crepuscular, en tu dimensión natural, en tu centro de gravedad, en tu sórdido centro. Arriba, los paraísos reales de las dimensiones superiores; abajo los purgatorios moleculares, los infiernos atómicos; en torno, distracción, dispersión, divertissement. Subir en el humo vegetal o accidentalmente o con prácticas teúrgicas. No. Bajar en el derrame seminal o en la ira o en los sopores digestivos. No. Circambular entre sonámbulos por vericuetos dramáticos. No. Quédate en el centro, ocupa el trono de tu sórdido reino.

No soy sino un cáliz que sostiene flojamente una corola desgarrada, porque mis tiempos se han condensado en láminas delgadas y tersas, en pétalos irregulares alrededor de una esfera de sombra viva cuyo ardor los consume.

Me desplazaré sin abandonar el punto de partida; desde el centro hasta el ápice recorreré haz y envés de cada lámina ultrajada. Acepto la sobriedad, acepto el combate reflexivo. Oh enemigo abscondito, te seguiré hasta más acá de mis ojos.

Guimel

El presentimiento de Triandáfila llenó y conmovió toda mi infancia. Aquellos paseos solitarios por el bosque! Nunca tuve miedo de las serpientes, ni de los tigres ni de los fantasmas. Lo que sentía era una atracción angustiante, una inquietud insoportable como si debiera entregarme a algo o a alguien. Desde la sombra de los árboles, desde las malezas, desde los riachuelos un encanto indescriptible me penetraba, se apoderaba de mí; yo quería con urgencia hacer algo, pero no sabía qué, y caía por el suelo y sollozaba entre el misterio de las hojas, bajo el soplo de pequeñas brisas.

Una vez quedé absorto, como si soñara sin sueños, ante un guijarro liso, durante horas, hasta que, obedeciendo un llamado, alcé los ojos hacia el alto cielo y me sacudió su resplandor por entre los agujeros cambiantes del follaje planteándome acertijos, adivinanzas, enigmas no verbales, mientras en mí algo pugnaba por brotar, algo tierno y poderoso que al brotar me desgarraría y pondría fin a ese ahogo de emociones incomprensibles que se oprimían las unas a las otras en mi corazón demasiado pequeño para contenerlas.

Y aquel otro día cuando me cautivó la forma de un lagarto; la mirada de su ojo redondo y el palpar de su cuello me infundieron un terror placentero; la comunicación que se estableció entre nosotros; me embriagué, calor y lasitud, como si hubiera bebido la esencia de mil y una historias infantiles, sin imágenes y sin palabras. Advertí demasiado tarde que había perdido una gran ocasión, pero no sabía para qué.

O la mañana en que me arrobó un grupo de abedules; traté de rehuir su atracción jugando con grillos y mariposas, pero sucumbí; los ritos ingenuos que inventé: golpearme los muslos con los codos, saltar apuntando el cielo con los índices cruzados, oprimir la cabeza entre las rodillas para repetir la palabra Korfú... Cuando me arranqué de su hechizo un sentimiento de frustración me agobiaba.

Aquellas experiencias maravillosas escondían algo que mi más hondo anhelo buscaba; su valor era vicario de un imperio más alto que yo podía anticipar sólo en los arcoiris de las lágrimas frente al sol.

Pero el día de la plenitud llegó. Fue a comienzos de la adolescencia, después de la muerte de mi padre. El cielo estaba muy lejano y la luz desbordada inundaba la vastedad de los prados. Una última resistencia se rasgó desde adentro y fui invadido. Transparente y rígido quedé, convertido en estatua de cristal, suspendido entre el espacio geométrico y el físico, entregado a las incalculables combinaciones de la luz, hasta que el viento me azotó la cara con espigas y me fundió y confundió licuándome en rocío y me dispersó sobre las hojas de hierba para que el sol me hiciera gaseoso y luego radiante, inmaterial, omnipresente.

Mem

EGLÉE, AGATHA, GUIOMAR, ANTENOR, ATANOR:

Encontré huellas de manos sobre el cadáver de mi padre, de manos apasionadas y violentas como si algún amor pudiera ser impune; de manos finas y violáceas como si la ternura pudiera interrumpir los ciclos de la muerte; de manos poderosas como si alguien, en el acoso, hubiese sentido o recordado que el clamor de los hombres puede aproximar la lluvia y revocar la tormenta.

Eglée, Agatha, Guiomar, Antenor, Atanor.

Dálet

LOS ÁRBOLES, los lagartos y las piedras son jeroglíficos vivientes de Triandáfila, pasajes a su reino y guardianes.

Ella juega en la sociedad de los insectos y en la chisporreante alegría de los incendios forestales. Ella protege los retoños de pasto y muda las montañas. Ella pule amorosamente las aristas del océano y comanda los huracanes.

Estaba siempre conmigo y me amaba, pero los ojos no me dejaban verla, los oídos no me dejaban oírla, el olfato me ocultaba su fragancia, el gusto me vedaba su dulzura y las manos me impedían acariciarla.

De la tiniebla los escritos sagrados e hirió de silencio el cantar de los cantares decádicos; la tiniebla simétrica que los ovoides llaman intelecto, el complicado silencio que tú llamas lenguaje.

Cuando me fue devuelta la individualidad encontré sobre el prado tres fantasmas: el uno era densólido y resumía todo lo vegetal y mineral del mundo; el otro era astral y contenía las formas de todos los animales del mundo; el tercero era mental y reproducía en miniatura las estructuras geométricas del mundo. Se comunicaban por medio de siete plexos, dos cordones y un canal serpentina. Se interpenetraban y se interparasitaban. Estaban juntos, pero eran separables. Cada uno tenía una cámara esférica desde la cual yo podía manejarlo.

Triandáfila está en guerra. ingresarás a los ejércitos de Set como aspirante a miliciano. Set sirve a Triandáfila.

El largo entrenamiento de los milicianos: manejar los fantasmas por separado o integrados en cualquiera de las nueve combinaciones; aprender todos sus usos y funciones, robustecerlos y adiestrarlos; concentrar y disolver; saber cantar las palabras que abren o cierran los umbrales; conocer los pasajes secretos del hiperespacio; manejar vehículos no fantasmales.

Cuídate de Isis y de las 144.000 vestales que sostienen el culto de Ialdabaot.

He jurado no revelar nada acerca de las fases siguientes del entrenamiento, pero nada me impide recordar que cuando me fue conferido el título de capitán no reconocí en mí al niño perdido que buscaran en vano los aldeanos por el bosque y el prado (los guerreros más implacables germinan en los niños más frágiles): recibí con orgullo la alhaja esferoidal de obsidiana, no temblé cuando tatuaron sobre mi pecho el signo de la Serpiente Antigua y escuché de boca a oído, sin consternación, las letras con las cuales se puede articular el nombre secreto de Triandáfila.

Nunca he pronunciado ese nombre, ni lo pronunciaré jamás, porque el que lo pronuncia pierde instantáneamente la individualidad y se confunde con las corrientes elementales e inconscientes del planeta. Sé que mis enemigos, por la misma razón, tampoco pronuncian el nombre secreto de su Dios.

Vav

(HAS LLEGADO. Esta es la Mesa de Naumrá. Abarcas todo el espacio señalado para la prueba. El centro del gran círculo es este hotel. Las primeras estrellas de Escorpio, a la zaga del sol, están en el zenit. Se principia Ya!).

Detrás del mostrador de recepción, la mujer espera a su desconocido esposo, jugando, como de costumbre, con palillos, construyendo pequeños laberintos parecidos a escaleras. Un gran deseo impulsa todos los actos de su vida. Espera al que ha de contemplarla. Juega con palillos para trasladarse al mundo de las raíces y alimentarlas con su ternura. Desea el triunfo de su misión clandestina. Si los enemigos descubren el propósito verdadero de la organización, destruirán la planta sagrada, eslabón clave del Plan.

De repente el violinista ciego, el que funge de músico mendigo a la puerta principal, toca la melodía. No cabe duda, es la melodía. Para los profanos es una canción anticuada; para ella significa *peligro inminente, amenaza suprema*. La mujer intensifica al máximo sus tensiones de alerta; cada articulación, cada músculo, cada destreza, cada conocimiento bélico, todos los poderes adquiridos en el largo entrenamiento están listos para actuar. “Tendrán que ser más de once mil para vencerme” —dice, recordando las palabras finales del hierofante, al comprobar que se encuentra en forma.

Luego procede sistemáticamente: Los sensibles mecanismos de alarma colocados en sitios estratégicos de la Mesa y del hotel no han registrado nada anormal. No habrá ataque físico.

Las sierpes de la frente, de la coronilla y de las sienas están despiertas y tranquilas. No hay de momento agresiones mentales.

¿Alguno de los huéspedes burló el examen telepático y se dispone a efectuar un espionaje psíquico? Los observa uno a uno guiándose por la lista del libro de recepción. Son veintidós. Cinco parejas en luna de miel dedicadas a inocentes ejercicios eróticos; tres viajeros de comercio durmiendo la siesta; un general retirado acompañado de su esposa y dos amigos en la sala de estar, conversando y tomando café; un profesor y cuatro estudiantes del departamento de arqueología ahora haciendo excavaciones en el borde sur de la Mesa. A todas esas personas hizo ella un detenido examen durante el sueño; todas han obedecido u obedecerán a partir de ahora órdenes posthipnóticas de la organización; cada una cumplirá, sin saberlo, al salir del hotel, una misión prevista en el desarrollo del Plan. Ninguna es peligrosa.

El personal administrativo y de servicio es digno de confianza. Desde el gerente hasta el mandadero de la cocina, a todos los seleccionó ella misma, y ella misma los vigila infatigablemente mientras funge de recepcionista y jefe de camareras.

Súbitamente el violinista mendigo repite la melodía con inusitada vehemencia, sin saber que lo utilizan para transmitir un aviso urgente. La mujer abandona entonces el mostrador y se dirige a la azotea del edificio con paso seguro. Su aire de indiferencia esconde la más felina atención acechante, la ampliación máxima de sus umbrales perceptivos sensoriales y extrasensoriales, la disposición al ataque inmediato.

Usa el sistema de escaleras de incendio, ya llega, ahora sube la escalerilla del tanque de agua. El tanque de agua disimula una torre de observación perfectamente equipada. Sólo ella puede reconocer la escalerilla y la puerta secreta hábilmente escondidas por trepadoras ornamentales. Otea los confines de la Mesa bajo el cielo claro. Nada extraño. Las espigas de la planta sagrada dan a los campos un matiz violeta y a ella el goce de la labor cumplida y el celo de mantenerla. Todo normal. A lo lejos, contra la vertiente oscura de la montaña, aparece un automóvil. Se acerca un visitante o un cliente o un enemigo... el enemigo acaso. Desciende a la planta baja y ocupa su puesto detrás del mostrador.

(La prueba continúa. Habrá alcanzado su punto culminante cuando Antares llegue al zenit. Mantén la ocupación total del círculo asignado. Mantente fluido y etéreo en tu vehículo de luz astral. Eres la tierra y la vegetación y el aire. Has invadido los cimientos, el piso, las paredes, el techo, los muebles del hotel. Estás en la

piel de los amantes, en el tabaco del general, en los instrumentos de los arqueólogos. No intervengas; esto no es un examen de telebulia. No te concentres. Invade ahora sutilmente el automóvil que se aproxima: los neumáticos, el chasis, el motor, la carrocería, el tapizado, las ropas del ocupante único. Dispérsate. No olvides el humo de la chimenea ni las magnolias del jardín.)

El recién llegado y la mujer están frente a frente; los separa el mostrador de cristal y sobre el mostrador los palillos del juego configuran todavía un extraño laberinto en forma de escaleras. “Sí hay habitaciones libres”. “La número ocho es la más cómoda”. “Sótero Raseti”. “Cuarenta años”. “Soltero”. “De Filadelfia”. Durante el diálogo rutinario —especie de moderno rito— la mujer, mientras escribe, concentra sus corrientes magnéticas en la convexidad de las pantorrillas, de los glúteos, de los senos, las hace circular por la curvatura de los hombros, por la curvatura de las caderas, por los bordes de los labios y párpados, por el pabellón de la oreja, por las ondulaciones del pelo, y las emite en relámpagos voluptuosos por los pezones, el ombligo, las rodillas, a manera de rodear y envolver al hombre neutralizando sus defensas. Luego, para la pregunta final “¿Cuánto tiempo piensa quedarse?”, levanta los grandes ojos fulgurantes a fin de culminar la posesión vampírica. Ha impuesto su decisión a los átomos del aire, las moléculas de las paredes se orientan según su voluntad, los jugos calientes de las visceras conspiran a su favor.

Pero en los ojos del hombre no hay fascinación alguna, sino cautelosa atención, calculadora prudencia tras la estructura inquebrantablemente espiral de su resplandor áurico.

“Para siempre” —responde con naturalidad y su voz apacigua y normaliza los elementos arremolinados que se tejen ahora en contrapunto obedeciendo a algo musical que estaba en esas dos palabras sin confundirse con ellas.

Toma la llave él mismo y se dirige a la habitación número ocho.

(Dispérsate. Recorre la circunferencia de tu campo de prueba: tenaces hierbas, laboriosos insectos, vetas de rocas metamórficas, hilillos de agua, un ronroneo de abejas, el borde del precipicio con su río al fondo. Pero quédate simultáneamente en el centro: subes la escalera con los pies del hombre, eres la alfombra de los escalones y sientes su peso sucesivo, respiras con su amplio tórax, entregas oxígeno y recibes anhídrido carbónico, te recuestas sobre los palillos con los codos de la mujer sorprendida.)

Esta primera escaramuza ha servido a la mujer para identificar al nuevo huésped: sólo un iniciado de Set puede resistir el asalto magnético de una vestal de Isis. Y sin embargo, ¿cómo es posible que siendo tan poderoso para penetrar conscientemente en terreno enemigo, que siendo tan experto en el cierre de sus plexos, cómo es posible que no conozca, que no intuya, que no presienta por lo menos la trampa mortal de la habitación número ocho? Todo está montado allí para invocar la tiniebla exterior con su lloro y su crujir de dientes. Allí se puede producir un hoyo de nada en el Ser mediante la confusión explosiva de las dimensiones. La muerte tercera acecha allí con su caos topológico.

El hombre abre la puerta, entra, cierra tras sí. Es una habitación como cualquier otra; hay, empero, sobre la mesa, un bloque de obsidiana con escaleras laberínticas en altorrelieve.

La mujer, enardecida por el combate, se apoya en las veintidós mil raíces de la planta sagrada —ese es su polo de amor y de ternura—, y lanza con certera pericia los impulsos mentales que activan el desastre en la habitación fatídica donde ha entrado por su propia voluntad el enemigo— éste es su polo de odio y de violencia.

(Sal de esa habitación. Haz un vacío cúbico en ti mismo para contenerla. Huye hacia las mariposas y las hojas de hierba. Presencia la comunicación telepática de las hormigas. Conviértete en la danza semántica de las abejas. Desplázate con el acento de las brisas.)

Ella sube con la serena voluntad de las mieses, abre con su llave maestra, entra. Ningún objeto ha cambiado: la tormenta ódica afecta pocas veces el plano físico. El hombre yace de espaldas en el suelo, dormido, desmayado

o muerto. Ella mira por la ventana el matiz violeta que la planta sagrada ha dado a la Mesa y a las montañas vecinas. Sabe que las savias del vegetal amado, al contaminar las aguas y alimentar el ganado, penetrarán en el metabolismo de los campesinos y aldeanos creando las condiciones psíquicas para la gran obra. Presiente las oleadas de viento vespéral cargado de polen y una embriaguez momentánea la debilita entre el monte de Venus y el ombligo.

(Cuidado! Antares, el rojo corazón de Escorpio, está ya en el zenit.)

Sólo le falta una cosa por hacer: buscar la clave exacta del enemigo y transmitiría a los superiores. Se sienta sobre el hombre con las rodillas dobladas y los muslos apoyados contra los viriles flancos, no se da cuenta de la posición pubis sobre pubis y comienza a desabotonar la camisa; el signo debe estar tatuado bajo la tetilla izquierda. Pero se detiene aterrada: sobre el esternón, ha visto el símbolo inequívoco de los hierofantes de Isis al par que siente una quemadura brusca y brutal detrás de la frente seguida por un dulce fuego en la garganta y una llamarada en lo más secreto del corazón. Sin tiempo para comprender, se deja invadir por una languidez que trepa desde el pubis hacia las rodillas y el diafragma por escaleras laberínticas de calor orgánico. Un entorpecimiento de la conciencia la sume en éxtasis vegetal. Cuando vuelve en sí encuentra los ojos tranquilos y poderosos del hombre, y escucha su voz:

“Columbita del Templo de la Diosa. No te enseñaron a reconocermé. Yo soy el arquitecto de las tempestades ódicas. Yo soy aquél a quien esperas: una vestal de Isis sólo sucumbe ante el asalto magnético del esposo que le ha sido asignado. Yo soy tu Señor.”

Sin poder salir todavía de la gran confusión, pero ya más lúcida, la mujer, antes de proceder a la liturgia quizá ya innecesaria del encuentro, aventura tímidamente la pregunta en que su mente matemática exige la información clave:

“Señor, solo Señor, si eras tú quien venía, ¿por que resonó la melodía de peligro inminente, de amenaza suprema?”

El hombre se pone de pie de un salto, resplandeciente de poder, como una fiera que se despierta ante un cerco de cazadores silenciosos, inodoros, implacables.

(Abandona el gran círculo ya! Deja para siempre la Mesa de Naumrá. Las últimas estrellas de Escorpio atraviesan el meridiano cenital. La prueba ha terminado. Que no quede ni un jirón tuyo en el campo de batalla, ni siquiera en los ojos de algún insecto o en un estambre de magnolia. Regresa en tu vehículo relampagueante de luz astral. Olvida, oh aspirante a miliciano de Set, este triunfo que es nuestro y ocupa de nuevo tu cuerpo despreciable. Anima otra vez ese rostro babeante. Acaso algún día tatuemos el signo de la Serpiente Antigua sobre tu corazón.)

He

ADAM LILIT, amigo mío, utilizando la misma clave telepática de siempre, te doy cuenta de mi paradero, pues, tras dos horas de prudentes y discretas investigaciones, he comprobado que durante seis años y seis meses he vivido en estado sonambúlico. Seis años y seis meses sin comunicarme contigo. Te habrás imaginado que deserté o que serví de alimento a los perros de la tierra y a las aves del cielo y que mi ídolon flota sobre las umbrosas eras de Hades.

El canto de una paraulata me despertó esta mañana —me despertó doblemente— y cuál no sería mi asombro al encontrarme provisto de cuatro patas con sus cascos. Intenté proferir las maldiciones, los juramentos y las blasfemias de nuestro largo repertorio catártico; pero la configuración de mi garganta, mandíbulas y lengua no me permitió emitir sonidos articulados, sino algo que no llegaba a relincho. De no tener el rostro cubierto de largo pelo, me habría sonrojado.

Todo comenzó por mi temeridad en el uso del círculo goético.

Al llegar a la cuarta bifurcación del laberinto, yo, aspirante a miliciano de Set, estaba en mi cubículo sombrío y severo articulando las palabras del pacto. De repente una ventana se abrió hacia el corredor alto de las columnas. Allí, sentada sobre la piedra cúbica, estaba ella, rodeada de acólitos. Cuando alcé los ojos y la vi, un deslumbramiento súbito borró todas las demás cosas, quedé suspendido en un limbo gris, de mí emprendieron mariposas nocturnas inexorable vuelo hacia su luz.

De ella manaban lugares de delicados pastos junto a aguas de reposo, y yo era un cervatillo o un cabrito perdido saltando sobre rocas.

Irradiaba la plenitud de los campos de Booz, y yo era extranjero huérfano y menesteroso, y quería hallar gracia delante de sus ojos para que me fuese permitido espigar tras los segadores entre las gavillas.

Apretadas eran sus carnes y voluptuosos sus movimientos con el prestigio mortal de las panteras y el encanto hipnótico de las grandes serpientes, y yo era un animalito del monte y me sentía amodorrado y cabeceaba ya bajo sus efluvios y quería ser devorado.

Tenía la majestad de las altas civilizaciones antiguas, y yo era un judío cautivo, un etíope sensitivo y decadente, un bárbaro cólquida; quise agacharme a llorar bajo sus torres, prosternarme ante sus pirámides, caer de rodillas ante sus partenones.

Por su aura esplendorosa circulaban las savias que nutrieron a Circe y a Medea, a Cleopatra y Lucrecia, y en mí clamaban los compañeros de Odiseo por el vino fatídico; Jasón desde mi vientre renunciaba al vello de oro, pequeños emperadores de mis sienes entregaban sus cetros y príncipes ardientes del diafragma anhelaban el contacto deletéreo, el calor y la fragancia de la figura signada con brazaletes, collares y prendedores envenenados.

Su frente refulgía con las corrientes de luz astral proyectadas en Tesalia hace ya muchos siglos y en Kmer y en Ur y mucho antes, antes aún de la llegada de los Señores del Fuego. Yo fui dominado por la belleza del envilecimiento, en mí desembocaron todas las sumisiones y esclavitudes voluntarias y, con el goce abyecto de los subyugados incapaces de rebeldía, me arrastré hacia ella.

Quemé mi corazón a sus pies y mis recuerdos, y cuando el humo de mi sacrificio llegó hasta su rostro, me miró con ojos de cosecha —¿algún segador en busca de trabajo?—, pero yo hice los ritos de la entrega total y entonces ella ordenó que me dieran a beber su elixir alucinógeno, su licor de mandrágora.

Mientras yo soñaba me midió con sus metros, me pesó en sus balanzas, me marcó con su sello, me puso precio y me vendió.

Adam Lilit, amigo mío, seis años y seis meses de esclavitud inconsciente. No ignoraba los poderes de las vestales de Isis (yo también he visto el cuarto drama litúrgico), ni me eran extrañas las metamorfosis (más de una vez he tropezado con sus víctimas en las escaleras de la ciudad); pero nunca pensé que algo semejante pudiera ocurrirme a mí, aprendiz adelantado del arte sagrado, aspirante a miliciano de Set.

No he recobrado mi figura, pero he recobrado la memoria y sé que a siete lunas de aquí se encuentra el lago de Triandáfila. He comenzado ya a trotar en esa dirección con el vientre amargo de cabrestos. Al terminar una noche de plenilunio me sumergiré siete veces en sus aguas.

Torpísimo aprendiz, una nota musical te salvó esta vez, pero otra derrota semejante significaría metamorfosis permanente: Cuando manejes el círculo goético, clava la punta de un puñal en tu cuadril derecho.

Záin

CUANDO AUN ERA DE DÍA, se dio cuenta de que sus enemigos habían llegado para capturarlo. Sabían que él estaba allí pero no lo habían reconocido todavía.

Miró a su alrededor buscando salvación en la fuga mientras la fiesta continuaba. Las parejas bailaban en ropa de trabajo o en traje de baño en torno a la piscina en forma de guitarra que se encontraba en el centro de la terraza. Hacia un lado estaba el bar de donde venía la música y donde estaban sus perseguidores. No había otra salida. Hacia los otros lados, azoteas más bajas y, allende una de éstas, un enorme solar rodeado de altos muros; en el solar un bosque. Intentaría llegar al solar.

Aunque no sabía bailar invitó a una señora y casi la obligó a seguirlo en sus vueltas ridículas hacia el borde de la pista. Cuando quiso saltar al otro lado, resbaló y se golpeó la cara contra el bajo pretil y quedó a caballo sobre él, paralizado por el dolor y el terror. La mujer quiso ayudarlo y se manchó las manos de sangre; se las secó en la falda y él vio entonces la liga vertical de las medias sobre la carne rosada y pasiva, y por entre las piernas vio a sus perseguidores que lo señalaban. Descubierto.

Impulsado por el pánico saltó al otro lado y corrió buscando una entrada al bosque. Los muros del solar eran más altos que la terraza donde ahora se encontraba; no podía escalarlos, pero halló un hueco irregular en la tapia, especie de agujal ampliado, sólo que demasiado pequeño quizá para dejar pasar a un hombre de su tamaño, además ¿cómo bajar hasta el suelo?

Sus perseguidores ya habían saltado el pretil y se acercaban. No podía vacilar; se introdujo por el agujero, demasiado pequeño, y se desgarró las ropas y la carne. Su caída apenas fue amortiguada por las trepadoras espinosas que cubrían el otro lado de la pared, cayó de cabeza sobre piedras, pero no perdió el sentido y corrió sangrante, acezante, febril por entre cactus, cujíes, viejos samanes, sobre tierra resquebrajada, dispersando bosta seca, cagajones, sirle. Llegó a una cerca de alambre de púas que dividía el bosque y la pasó arrastrándose por debajo, sin poder evitar, por la prisa, que las púas le rasgaran la espalda.

La segunda parte del bosque era complicada. Pequeños senderos semiocultos por matorrales se entrecruzaban en todas direcciones. Oía los pasos y voces de sus perseguidores y a veces los veía, pero se calmó al descubrir que se extraviaban en la tortuosidad inextricable de los caminos; éstos habían sido trillados sólo por las bestias de acuerdo con la mayor o menor resistencia de la vegetación. Mientras los árboles cardaban, urdían y tramaban apresuradamente los vellones crecientes de la noche, dejó de correr y basó su salvación en un juego de azar: tomaba cualquier sendero silenciosamente; la probabilidad de escape era la misma en cualquier dirección.

Cuando sus ojos se hicieron casi inútiles —la acelerada esquila había abrumado los árboles— comprobó con alivio que sus perseguidores no tenían antorchas ni linternas y estaban probablemente desorientados. Las sombras le concedían una prórroga. El bosque amurallado era mucho más grande de lo que había creído en un principio y se habían internado hasta más allá del alcance de las luces de la ciudad. Blanda y ubicua la noche lo guardaba.

Sabía que no podría caminar en línea recta, única forma de llegar hasta el muro y salir: ningún instinto direccional impediría que la trayectoria de su marcha formara un enredo de curvas irregulares interrumpidas por tropiezos y caídas para dejarlo al fin en la misma situación; además, se haría notar caso de que sus perseguidores permanecieran al acecho. Se tendió entre los arbustos y trató de reflexionar.

Algunas circunstancias de la persecución le llamaron la atención: los hombres que intentaron atraparlo en las azoteas eran adultos fuertes, pero mientras corría por los senderos varias veces se volvió para verlos y no vio sino niños; con frecuencia, en las encrucijadas escuchó quejidos de parturientas; había por todas partes rastros recientes de animales domésticos y hasta de rebaños, pero él no se topó con ninguno; el tamaño del bosque amurallado era inexplicable ¿no se encontraba acaso en el centro de una gran ciudad?

Junto con el dolor de las heridas y la fiebre sintió el inmenso cansancio de siete días de sobresalto huyendo de escondite a escondite y le hizo daño de repente la rutina quebrada. El no había hecho más que cumplir con sus deberes, ¿cuáles eran sus deberes? No recordó. Le pareció oír música de guitarra y se durmió; vio a una mujer fosforescente y desgredada que corría por el bosque gritando “Yo soy Nimrod, el cazador”; creyó despertar y siguió viendo a la mujer fosforescente, era hermosa y gritaba “Yo soy Nimrod, el rey de las espadas”; creyó dormir y huyó, corriendo hacia atrás, por túneles y escaleras de piedra; cada paso inverso podía ser el último, pero correr de frente significaba perecer sin remedio.

Calor y olor de establo lo abrigaban cuando despertó. Un anciano lo estaba maniatando con las ligas que una mujer le entregaba. La mujer tenía la falda manchada de sangre y miraba hacia un muro detrás del cual alguien tocaba una guitarra.

Mientras lo amordazaba, el anciano le habló quedamente al oído y le declaró quién los había mandado a capturarlo y por qué. Supo que sería entregado no a un tribunal de justicia sino al odio y la venganza de un enemigo implacable. Por equivocación de identidades había surgido la enemistad; pero no tendría derecho a explicar ni a defenderse, no le sería permitido decir palabra.

Un relámpago de comprensión le acuchilló la conciencia cuando se supo víctima inocente. Por la herida penetraron navajas, punzones, tijeras, agujas, alfileres, escalpelos, garfios —todos ardientes— que, en bochinche frenético, se dispersaban, se unían, se disparaban, se entrecruzaban, giraban, zigzagueaban, circulaban para cortar, rajar, zajar, tundir, acribillar, desgarrar, quemar esa materia inconsútil, viva, delicada, sensible, algedónica, tímida y traslúcida que en él reflejaba el universo. Oh rebeldía impotente ante la injusticia. Oh futilidad de tan grande dolor ante lo absurdo. Oh debilidad. Oh pequeñez. Y tembló convulsivamente, toda su carne convertida en ahogado sollozo.

Lo conducirían, con los ojos vendados, a un lugar que el anciano llamó “piedra de la retribución”. El anciano caminaba delante y lo guiaba con una soga que le había atado a la cintura. Nadie habló durante el trayecto. El camino era liso, la marcha lenta, no sentía deseos de fugarse, pudo reflexionar y se dio cuenta, con sorpresa, de que su gran dolor era hueco y un tanto teatral. No que no lo sintiera, le dolía realmente todo lo que estaba ocurriendo y le dolía como nada le había dolido antes; pero él dramatizaba su situación como si quisiera convencerse íntimamente de que era una víctima del mundo irracional de los hombres donde la justicia no es sino el anhelo trágicamente inútil de los muy jóvenes. En un repliegue de esa “materia inconsútil, viva, delicada, etc., que en él reflejaba el universo” estaba alegre porque se sabía culpable de una culpa más difícil de llevar que el dolor, y daba la bienvenida al castigo redentor. Admitía, pues, que era culpable; pero no de la acusación formulada por el anciano: él no había ultrajado nunca a ninguna vestal e ignoraba hasta la existencia del templo de su presunta fechoría.

Lo alegraba la convicción subliminar de que el castigo puede purgar culpas a las cuales no va dirigido, de que a un quantum de culpa corresponde un quantum de castigo sin acoplar específicamente el tipo del uno al de la otra. Lo alegraba porque no la había examinado; al examinarla vio que era endeble y no podía sostener su consuelo: cabía la posibilidad que le sirvió para dramatizar su dolor, agravada ahora por la falta de un regocijo secreto. Era castigado por una culpa que no era la suya, por lo tanto seguía siendo culpable.

Sin embargo, en un universo donde era castigado por una falta no cometida, bien podía suceder que no fuera castigado nunca por la falta cometida. Sólo que la falta, cuando va acompañada de culpa, clama por el castigo, por su castigo. O sería todo esto que él sufría, incluyendo la confusión de identidad, precisamente el castigo adecuado para su verdadero crimen. Su verdadero crimen; extraño que hasta ahora no lo hubiera considerado en detalle. Decidió compararlo con el castigo y se dio cuenta con horror de que no lo recordaba.

Mientras caminaba, siguiendo dócilmente a su guardián, trató de recordar y exploró a prisa, precipitadamente, todos los vericuetos de su memoria; pero no halló sino túneles y escaleras entre edificios de imposible arquitectura y se vio correr hacia atrás como si deshiciera el laberinto de sus pasos para volver al paraíso uterino, al óvulo, a las gónadas huyendo de algo que se convertiría en recuerdo pavoroso si él no regresaba.

Comprendió que habían llegado porque su guía se detuvo, se situó detrás de él y lo sostuvo por los hombros como ofreciéndolo, y porque oyó una voz cansada que leía con indiferencia:

“...sobre esta piedra. Sobre esta piedra mis riñones y mi piel te pesaron y fuiste hallado fallo. Desde esta piedra te llamé para que a ella vinieras y se cumpliera la sentencia según mi voluntad. Siete días y siete noches te fueron concedidos para que recorrieras cómodamente las catorce estaciones de angustia entre tu vida ordinaria y tu muerte. Nadie te persiguió. Durante siete días y siete noches tres personas te esperaron en una de las entradas de este santuario: el anciano, su hija y su nieto el guitarrista. No te conocían, pero te reconocieron por tres signos: entraste caminando hacia atrás, tenías la bragueta manchada de rojo y dijiste *Nimrod*, la palabra de pase de los condenados. Nadie te guió hasta la entrada, pero la luz ambarina de tu culpa no podía equivocarse. Ya estás echado de espaldas sobre la piedra. Que se ejecute el décimo cuarto punto de la sentencia sobre esta piedra. Sobre esta piedra mis riñones y mi piel te pesaron y fuiste hallado fallo. Desde esta piedra te llamé. .

Sintió que manos delicadas le empujaban tiernamente el mentón hacia atrás. El joven a quien nunca vio comenzó a afinar la guitarra. Un perfume que no olía desde su infancia le dio la seguridad de que a su lado había una presencia femenina, hondamente maternal. Entonces toda su sangre se arremolinó en un clamor incontenible: “Soy yo, Nimrod, el cazador. Nimrod, el rey de las espadas”. Firme y amorosa la ancha hoja de piedra le destrozó la garganta.

La tierra sagrada se bebió lentamente el grito humeante de su sangre y no supo que moría en sueños, ni que era Adam Lilit quien lo hería desde otra dimensión y destruía, con un reflejo amarillo de obsidiana, su recuerdo de la espada flamígera.

IOD

RECORDAR ES SER.

El recuerdo perdido se ha elevado hacia el centro desde un reflejo en la superficie pulida de obsidiana. Vivo y vigoroso, vibrante de resonancias ha crecido hasta su plenitud; lo puedo ver desde todos los ángulos y desde adentro; yo mismo he crecido con él, yo soy él, me expando y florezco en el esplendor de mi conciencia, observado y observador al mismo tiempo, brillante y pulido como un sol de obsidiana, no proyecto sombras.

Helo aquí, con toda su fuerza, el gran combate, fue así: En la ciudad de escaleras y túneles yo había logrado identificar el cuartel general del enemigo. Moviéndome siempre en ángulos rectos, perdiéndome voluntariamente en los bazares, fingiendo engañar como cualquier mercader de abalorios, pasé los tres círculos concéntricos sin activar los sistemas de alarma y llegué.

Nadie hubiera sospechado que había un cuartel general en aquella casa parecida a las demás casas de una callejuela de arrabal. Un viejo letrado, casi despegado ya y borroso, anunciaba: "Se venden coronas". Entré sin titubear. Tres mujeres delgadas, de manos largas, rostro cetrino y pálido y grandes ojos negros, tejían azucenas sobre una armazón circular de alambre. Interrumpieron su tarea y me miraron. Yo no dije palabra. Observé que tenían párpados prensiles, párpados que parecían sostener los ojos como a instrumentos.

El signo de Triandáfila debió relampaguear sobre mi frente, porque se quedaron inmóviles, con esa quietud reflexiva que caracteriza a los secuaces de Ialdabaot en los momentos de peligro; se concentraron hasta hacer desvanecer la habitación y ellas mismas se pusieron sucesivamente más pálidas, traslúcidas, transparentes, evanescentes, ingravidas, flotaron y desaparecieron, con excepción de los ojos que se unieron para formar uno solo, radiante de fuerza viva, pletórico de cambiantes resplandores, iracundo y astuto.

Entré en él con ceremonia y me encontré en el centro hueco de un disco cuyos radios convergían hacia mí como agujas, inyectando temblor infantil, desolación y pánico. Pero hace falta algo más que las audacias del terror y la angustia mental para detener a un capitán de Triandáfila. Avancé decididamente a través de un humor cristalino, semi-sólido, opalescente, que se descomponía en lenguas viscosas. Mi marcha, empero, disminuía porque se me adherían por todas partes ventosas de baba. Quedé pegado, aislado, sellado, incomunicado como un quiste; tan estrictamente rodeado de esa gelatina, tan ovoidalmente oprimido en ese horizonte atravesado por relámpagos de tiniebla, que mi destino era permanecer allí, mónada de dolor, semilla congelada para siempre, en monótona sinopsis incesante.

Conocí la amargura suprema... y la vencí porque sabía crear el amarillo. Marché por el amarillo hasta su fin y entonces me cerró el paso una especie de viviente falo totémico: Dos peces paralelos y opuestos le servían de base; sobre los peces, en zig-zag, dos cataratas simultáneas de sonido visible, la una parecía subir, la otra bajar; sobre las cataratas flotaba un arrogante macho cabrío; sobre los cuernos del caprino reconocí al centauro, rojo arquero de los mitos, y el cósmico alacrán lo coronaba; sobre la erguida cola del alacrán se mantenía en equilibrio una balanza antigua; sobre el fiel de la balanza una pálida sirena parecía soñar mientras un león heráldico descansaba sobre sus hombros; de la melena del león ascendía un cangrejo que sostenía dos niños sobre los cuales velaba el minotauro; el glánde era un cordero.

Yo tenía armas contra ese obstáculo: ejecuté con minuciosa precisión la más deletérea de las danzas rectangulares. Pero, para mi gran sorpresa, el lingam totémico se curvó hasta que los cuernos del cordero se unieron con los peces y se convirtió en una rueda. Líneas de fuerza constituidas por destellos se establecieron entre las figuras, de tres en tres, formando cuatro triángulos equiláteros y equidistantes. El león miró las cataratas y éstas, convertidas en rostro humano, le devolvieron la mirada. El minotauro miró al escorpión y éste, convertido en águila, le devolvió la mirada. Las cuatro miradas se solidificaron y se encontraron en el centro de la rueda como cuatro radios. La rueda comenzó a girar a gran velocidad hacia la izquierda y a desplazarse como una pantalla de radar siguiendo las evoluciones de mi danza y proyectando un huracán centrífugo. Admiré la furia metódica con que intentaba disgregar y dispersar mis moléculas solares.

Comprendí el peligro cuando mi fuerza de cohesión llegó al último umbral de resistencia: dividido en millones de minúsculos mundos deambularía durante milenios por galaxias hostiles, cada fragmento ciego jugando al azar de los reencuentros, soñando la difícil esperanza de unión.

Comprendí el peligro, pero no huí; canté la canción de mi coherencia y continué la danza rectangular con la atención fija en el centro de la rueda —el centro de los huracanes es tranquilo. Cuando la Fragancia surgió en el centro la penetré girando hacia la derecha y callando intensamente las palabras Gob, Djin, Paralda, Niksa. No me había equivocado ni en el orden de los 144 ángulos rectos ni en la perfección de los 49 mudras.

Triunfante al terminar el gran rito, desemboqué en una comarca que parecía hecha de infancia sana y huérfana. La tierra, los árboles y la hierba eran bellos, pero no manaban ese fluido familiar, ese ámbito lírico que hace la felicidad de los paseos. Además, en cada detalle acechaba el infinito: cualquier hoja, cualquier pedrusco, cualquier insecto reproducía la comarca entera y cada pormenor de la reproducción repetía el todo fielmente. Resultaba evidente que yo había llegado a una comarca reflejada de otra semejante y ésta a su vez de otra y la otra de otra.

Ya había perdido todo sentido de ubicación cuando descubrí que la cadena de reflejos donde me encontraba estaba cruzada en todas direcciones por otras cadenas en que circulaban comarcas diferentes. La red incalculable invadía minuciosamente todas las dimensiones de todos los espacios. Yo, en cualquier lugar de la red —ya no había punto de referencia—, yo, amenazado por la demencia simétrica, yo, heredero único de la intrincada saliva de quién sabe qué gran araña cosmogónica, yo Adam Lilit tenía que capturar al enemigo y destruirlo sin piedad. El odio al adversario me salvó; el amor a Triandáfila me sostuvo.

Me afinqué en una cualquiera de las comarcas y allí, frío con un frío que no enfriaba, caliente con un calor que no calentaba, suspendido y desligado a pesar de la gravedad, comprendí que las instalaciones defensivas eran de orden matemático puro. Comencé por resolver problemas topológicos de espacios filiformes y curvos. Tenía que orientarme en aquel infinito laberinto móvil y me orienté hacia el relai interdimensional absoluto.

Casi había logrado mi objetivo: desactivar los sistemas centrales de control para provocar una confusión informativa en todos los puestos de comando del ejército ialdabaótico; pero un relámpago magnético me derribó.

Fue así como me encontré, totalmente amnésico, frente a tres mujeres magras, de grandes ojos negros que cerraban con gladiolas una corona de azucenas, y, no sabiendo qué hacía en esa casa de arrabal, me retiré avergonzado para andar en líneas curvas, perdido entre bazares, asediado por mercaderes de abalorios.

Mem

LO QUE ME PERMITÍA VER, era la sombra interior, el núcleo de tiniebla, mi centro, el negro reflector de destellos. Todo mi mundo existía por degeneración de la oscuridad. La luz visible era emanación debilitada de la perfecta luz negra donde habita lo Real y el campo de mis batallas se alzaba en la superficie de derrame de la plenitud central.

No fui derrotado por enemigo alguno. No fui derrotado. El relámpago magnético que me hirió no fue sino el primer brote de un nuevo poder mío para ver en lo negro. Es indudable que no podré desarrollar jamás ese poder, pues un solo destello inverso bastó para destruirme. Desde entonces he estado agonizando, absorbiendo mi muerte lentamente.

Yo, Adam Lilit, soy hombre de guerra; en mí no puede surgir la posibilidad de reconciliación con el adversario. Después de ver que todo mi heroísmo no es sino parte de un drama amoroso entre mi reina y su teatral antagonista, que todos los combates a nivel molecular, celular, orgánico, mental, espiritual no son sino caricias, sabias, complicadas y refinadas caricias de un hieros gamos cosmogónico, entrelazamiento de miembros, abrazo genésico, cópula de potencias primigenias; después de verme como jugador inconsciente del Gran Juego en que El y Ella procrean apasionadamente los universos, después de ver en el misterio ¿cómo podría yo seguir viviendo? No de actor, de guerrero es mi esencia.

No es extraño, pues, que la herida del relámpago me derribara para siempre. Desde entonces he estado absorbiendo mi muerte a sorbos, asimilando mi destrucción lentamente. Yo no podía morir de súbito: soy más fuerte que cien galaxias; sólo esa comprensión podía destruirme. No es extraño tampoco que me ocultara a mí mismo la visión ni que recorriera algunos de mis pétalos temporales —ahora ajados por el espacio implacable— para que mi vitalidad se saturara de forma, renunciara al eterno florecimiento y aceptara la disgregación. Perezco invicto. En este laberinto de grafemas he atrapado mi fin.

Sin embargo, mi agonía coincide con una expansión de mi núcleo y un aumento de su opacidad mientras el viento solano parece murmurar “Kadmón”. ¿Kadmón? Me viene a la memoria una frase ritual que pronunciara el hierofante de Set durante mi primera iniciación: “Eres eterno, pero nos servirás solamente desde ahora hasta Kadmon”. Apenas comienzo a comprenderla y el hechizo de los comienzos hace temblar y caer mis pétalos de tiempo.

Eglée, Agatha, Guiomar, Antenor, Atanor: Mi núcleo de tiniebla dice *Kadmón*, soy la dimensión entre mi padre muerto y Kadmón, la flor de guerra entre el botón y el fruto.

Disperso mi esplendorosa decadencia por el prado; marcescente soy, pero hermoso, porque la muerte fecunda me tiñe con los mejores colores de la aurora.